LUIS SUARDIAZ Y SU ARTE POETICA

POR

EDUARDO LOPEZ MORALES

Centro Derechos de Autor, Cuba

La poesía de Suardíaz, como digno hijo de su generación —la que se da a conocer en la década del cincuenta— y de nuestra vida compleja, dramática y rica, tiene que ser gustada y aprehendida sobre la base de la modernidad intrínseca y del gran reflejo contemporáneo que es en última instancia. No olvidemos que el poeta dice en verso claro que «Nada fue tan difícil como trastear las entrañas de nuestra época» («Haber vivido»), y que en otro, de un poema posterior, nos afirma: «Nada hallé terminado y todavía yo mismo me vengo haciendo» («Arte poética»). La conciencia de su irreversible pertenencia, de su filiación inexorable, a lo que sin duda es la época magna de nuestra nacionalidad, la que vio estallar en su seno la sociedad explotadora, dependiente y neocolonial, y nacer con el ensordecedor canto de la Revolución los cimientos de una sociedad radicalmente diferente, y su arduo proceso de construcción, implica la conciencia de una responsabilidad ciudadana y estética que exige el mayor rigor.

Una colección de poemas como *Todo lo que tiene fin es breve* * es, en cierto modo, un balance, un ajuste de cuentas consigo mismo. La poesía, acaso como ninguna otra expresión literaria, necesita de estos pases de lista que recogen autocríticamente el fruto del trabajo de años. En este sentido, me gustaría afirmar que estos poemas no desdeñan el largo trayecto polisilábico, a la par que frecuentan esa brevedad admirable de, por ejemplo, «El venado», o el que le confiere título a todo el volumen. Su poesía se alinea en el bando del saber expresar el diáfano pensamiento estético, como en «Cuadernos de clase», «Dante en el arco de una conferencia» o en ese ejemplar poema que es «Síntesis biográfica del hombrecito»:

* Luis Suardíaz, *Todo lo que tiene fin es breve* (La Habana: Letras Cubanas, Colección Giraldilla, 1983), p. 211.

Otros quemaron su pasado y pisotearon con furia las cenizas.
 El asistió al incendio y puso cuanto pudo de sí,
 pero tenía pesadas piedras en las alas,
 en su manchado plumaje de hombrecito.

Monumento vivo al simple ser humano que integra las masas y cuya otra explicación viene en «los héroes», que gozan del candor tibio e ingenuo de uno que sirvió de título para un volumen publicado en 1975, «Como quien vuelve de un largo viaje»:

Como quien vuelve de un largo viaje
 me aprieto contra mi mujer.
 Quiero extenderme junto a esa llamita que es mi mujer.
 Porque regreso cada vez de un viaje más lejano.

O bien que expresan los sentimientos o convicciones políticas de «Huelga» o de «A Santiago de Cuba vuelvo después de tanto y tanta geografía»; que vierten su buena dosis de ironía y humor crítico para el mejoramiento de nuestra especie en «Idolidia» o «La última cena», aparecido originalmente en *Leyenda de la justa belleza* (1978):

En una mesa discretamente bombardeada por sonos de orquesta,
 se están comiendo las entrañas del gran amor.

Otros retoman sin afectaciones pequenoburguesas la nostalgia y el recuerdo de la familia en «Como si fuéramos los mismos»:

A Eduardo he preguntado por el barrio,
 como nombrando a un vasto país sumergido en el sueño

 Lo verdaderamente grave
 es recordarnos cómo éramos enteramente;
 al extremo que a veces pensamos en nosotros
 como si se tratara de otra gente ya olvidada...
 En fin, que nos hemos salido del cauce,
 a Dios gracias.

Y en el extenso canto «Una casa en la calle Rosario»:

Casa de la calle Enrique Villuendas,
 nombrada Rosario como la cuenta de los misterios,
 la tierna dinamitera de Miguel Hernández, cierta
 máquina hidráulica y como vuestra señora
 y aquella musa instantánea de José Martí

.....
Casa antiguamente viva en tus limones,
tus tinajones sumergidos, tus misterios.
Atlántida que desaparece estrepitosamente en la memoria.

Poemas que son, en suma, claros y generosos exponentes de una sólida poesía cubana, cuya nacionalidad desborda las meras referencias al entorno natural o a la articulación de cierta sintaxis, para entranarse en una estancia superior a la pertenencia implacable a una contemporaneidad estética y política.

El misterio de la obra de arte reside en descubrir ese devenir, que incorpora nuevas facetas y potencialidades en la aprehensión artística y que también nos obliga, de cierta manera, a catalogar. Pero no debemos dar oportunidad a la nostalgia por la magia o la anunciación divina, ni debemos ser agnósticos, oficio culposos de la cobardía intelectual, ni podemos permitirnos el lujo de ser avaros con la admiración, porque si hay algo que exigirle al poeta es su honestidad más completa en todas las acciones espirituales y materiales de la vida.

Pienso que estos poemas perdurarán y se incorporarán (ya lo están en este presente que es futuro) al caudaloso torrente de nuestra literatura, por su contenido humano, revelador de una asunción revolucionaria de la realidad, y por su estructuración verbal, creada con fina pasión y tacto a partir de la materia prima que supone el acervo de la herencia cultural y de las propias necesidades de la comunicación contemporánea.